

Ciclo: 2º

Curso: 3º/4º

TEMA: SER PERSONA.
EL VALOR DE LA ILUSIÓN
“Los árboles enanos”



OBJETIVOS

- Lograr que los alumnos/as inicien el curso con ILUSIÓN
- Conseguir que los niños asocien el colegio con un clima acogedor y grato, que les permita desarrollar sus capacidades
- Desarrollar el gusto por descubrir nuevos conocimientos y nuevas experiencias, el gusto por aprender.

ACTIVIDAD

Se realiza la lectura del cuento de Los árboles enanos en gran grupo, una vez terminado se mantiene un diálogo entre profesor y alumnos con la participación de todos. Se les proponen una serie de preguntas

- ¿Cuál era la única riqueza de este matrimonio?
- ¿Quién los vistió?
- ¿Por qué decidieron salir a buscar al monje?
- ¿Qué suponía para el matrimonio el dar la galletas y sacrificar los árboles enanos?
- ¿Quiénes son los protagonistas?

SUGERENCIAS METODOLÓGICAS

Se relaciona el cuento con nuestra clase, somos personas que vivimos juntos, y tenemos en nuestro hogar bastantes dones: materiales, personales, grupales, religiosos,... A menudo se acercan a nuestra clase otras personas en busca de ayuda, y son gente extraña a nuestro grupo. ¿Cuál es nuestra actitud ante estas situaciones? ¿Qué les ofrecemos? ¿Cuáles son nuestros árboles enanos?

En este curso vamos a intentar desarrollar varias actitudes en nuestra clase, como lo hizo el matrimonio del cuento: escuchar a las personas, reflexionar las necesidades que tenemos, ayudar a los demás,...

A continuación podemos escenificar el cuento, leerlo haciendo los personajes varios alumnos, dibujar lo que más nos ha gustado del cuento y escribir una frase.

MATERIALES

Ficha del cuento los árboles enanos. “Cuentos japoneses”. Selección Antonio Urrutia. Ed. Auriga

EVALUACIÓN / SUGERENCIAS

Indicador: Mejoría del clima de aula.

LOS ÁRBOLES ENANOS

Toda la riqueza de Tomonari y su mujer consistía en tres árboles enanos.

Marido y mujer prodigaban a dichas plantas las mayores atenciones. Las acariciaban con dulzura. Gastaban largas horas en su contemplación, como el avaro contempla su tesoro o la madre contempla a su hijo.

Aunque eran muy pobres, jamás hubieran soñado en vender estos árboles enanos, de los que podrían haber obtenido buen dinero.

El día en que se inicia esta historia, Tomonari y su mujer se hallaban en la más completa miseria. No habían comido más que una galleta; guardaban otra para el día siguiente. Tenían frío. Por la mañana había nevado.

Llamaron a la puerta... *¿Quién visita a estos dos desgraciados, abandonados de todo el mundo?*

Abrieron. Ante ellos se hallaba un monje, cuyas ropas estaban cubiertas de nieve.

- *Perdonadme* – les dijo el monje-. *Me muero de hambre y frío. ¿Podrías concederme hospitalidad durante unas horas?*

- *Es imposible* –respondió Tomonari-. *Del todo imposible. Somos tan pobres que no podemos recibir a nadie, ni tenemos nada que daros... También nosotros tenemos hambre y frío.*

-*Os pido hospitalidad en nombre de Buda, nuestro maestro. Pero si no podéis acogerme...*

El monje se despidió con una inclinación de cabeza y se fue bajo la nieve, que de nuevo había empezado a caer.

Los esposos se miraron.

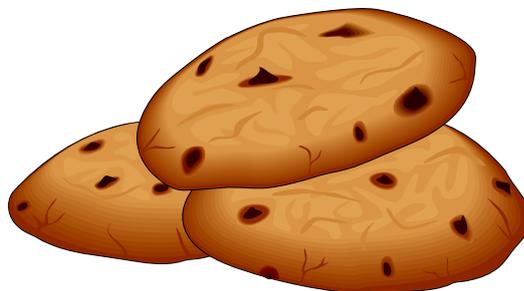
- *¿No podríamos hacer nada por él?* – dijo la mujer -.

Si muriera de frío y hambre, imagínate que remordimientos tendríamos toda la vida.

- *¿Y qué podemos hacer?* –dijo Tomonari.

- *Al fin y al cabo* –siguió su mujer-, *es aún más pobre que nosotros. No lleva ni abrigo para resguardarse de la tempestad de nieve. Deberías ir a buscarle, y ya pensaremos qué podemos hacer cuando vuelvas con él.*

Tomonari aceptó la invitación de su mujer y salió en busca del monje. No tuvo que andar mucho. El pobre monje estaba tendido sobre un montículo de nieve en el que, extenuado, se había dejado caer.



Tomonari lo levantó, lo llevó a su casa y lo acostó en su propia cama.
- *¿Qué le daremos para comer?* – pregunto a su mujer -



- *No queda más que una galleta, que yo guardaba para mañana. Podríamos dársela.*
Poca cosa era. El monje, hambriento, la devoró con avidez.

Tomonari vio que el monje seguía temblando de frío.

- *Convendría encender el fuego* –dijo a su mujer.
- *Pero ¡si no tenemos nada con que encenderlo!*
- *Entonces, no podremos hacer entrar en calor a este desgraciado.*
- *Lo siento, pero no tengo leña, ni una sola ramita, a menos que...*

- *¿A menos ...?*

- *¡A menos que usemos para eso los árboles enanos!*

Por nada del mundo hubieran hecho una cosa así. Sin embargo, Buda había mandado no tener enemigos. Para ellos, sacrificar los árboles enanos era como sacrificar una parte de su corazón.

- *No podemos dejar que el monje muera de frío* –dijo, con voz ronca, Tomonari-. *Es preciso quemar los árboles enanos.*

La mujer fue en busca de uno de ellos, el que tenía cien años. Lo cortó, hizo astillas de él y encendió el fuego.

Quería salvar los otros dos. Pero el fuego consumió pronto el primer arbusto. Era preciso seguir alimentándolo.

Tuvieron que sacrificar el que tenía doscientos años.

Tomonari y su mujer lo habían dado todo. Habían sacrificado lo que más querían en este mundo.

Se miraron con tristeza.

Habían conseguido sin embargo, librarse de todo egoísmo. Buda estaría contento.



Cuentos japoneses
Selección Antonio Urrutia
Ed. Auriga